

ENSAYOS



ROBERTO PINEDA GIRALDO: 40 años de antropología colombiana

*Martha Herrera**

*Carlos Low***

Roberto Pineda Giraldo estudió Ciencias Sociales y Etnología en la Escuela Normal Superior de Colombia, de donde egresó en 1944. Estudió Antropología en la Universidad de California. Ha sido profesor investigador del Instituto Etnológico Nacional (hoy Instituto Colombiano de Antropología), profesor de la Universidad Nacional, director del Centro Interamericano de Vivienda y Planeamiento (CINVA) y del Servicio Interamericano de Información sobre Desarrollo Urbano (SINDU), de la Organización de los Estados Americanos, y director del Instituto Colombiano de Antropología. Ha escrito sobre tópicos como: el tabaco en Santander, los indios motilones, colonización e inmigración, folklore y etnología, La Guajira, comunidades de la costa norte del Pacífico, la violencia en el Tolima, y sobre problemas de vivienda y crecimiento urbano. Esta entrevista hace parte del archivo oral de la investigación "Escuela Normal Superior: 1936-1951".

EL LICEO ANTIOQUEÑO

R.P.G. Nací en Abejorral (Antioquia) e hice mis estudios secundarios en el Liceo Antioqueño, que era el colegio de bachillerato de la Universidad de Antioquia. Allí se llevaba a cabo en esa época, una experiencia educativa, que debería ser estudiada hoy, como lo están haciendo ustedes con la extinta Escuela Normal Superior de Colombia. Fue obra, en buena parte, del doctor Julio César García, quien compartía -quizás por razón de formaciones similares- ideas pedagógicas con el Dr. José Francisco Socorrás. El Liceo Antioqueño funcionaba disciplinariamente en condiciones de igualdad con las facultades o escuelas universitarias: a los estudiantes, que fluctuábamos entre doce y dieciocho años, no se nos sometía a una disciplina autoritaria interna, ni permanecíamos a puerta cerrada, las del Liceo siempre estaban abiertas, dejando a voluntad del estudiante la decisión de permanecer dentro o fuera del establecimiento y de asistir o no a las clases que se dictaban horariamente, según su interés y bajo su propia responsabilidad, a sabiendas de que una acumulación determinada de faltas de asistencia implicaría la pérdida de la materia correspondiente, como lo era también por bajo rendimiento académico. Mirada hoy, me parece que fue una experiencia que rindió resultados óptimos, en la formación de la personalidad, en todos los sentidos.

* Socióloga e historiadora. Profesora de la Universidad Pedagógica Nacional.

** Sociólogo de la Universidad Nacional. Profesor de la Universidad Pedagógica Nacional

P. Ha existido un esquema sobre las posiciones asumidas por los partidos tradicionales en torno a la educación, que otorga las actitudes más progresistas a los liberales y las más tradicionales a los conservadores. En Antioquia se ve un hecho curioso que rompe el esquema; casi todas las personas que fueron pioneras en los campos educativos, en las primeras décadas del siglo eran de filiación conservadora, como fue el caso de Julio César García y los Ospina. ¿Qué opina usted de eso?

R.P.G. Eso es cierto. Yo creo que se debe diferenciar entre el conservador partidista y el que podríamos llamar constitucional. Por tradición casi siempre familiar, el individuo declaraba su pertenencia a uno de los partidos tradicionales, pero la postura, la actitud personal frente a la vida y a las diferentes situaciones, no siempre estaba acorde con las ideas del partido a que se estaba afiliado. Y como usted lo ha sugerido, el caso de Antioquia es demostrativo a este respecto. No en vano se dice que “para conservadores los liberales de Rionegro”. Mi padre, por ejemplo era de esa ciudad, y, obviamente de filiación política liberal, que traducía en muchas de sus actitudes: libertad de expresión, igualdad de los sexos, etc.; pero era conservador en otras materias, tales como en religión, valores adscritos a la familia tradicional.... Ha habido, diría yo, una distorsión de carácter partidista que ha oscurecido la realidad de hechos históricos. En Antioquia hay siempre un ethos de praxis, de realización, de logro, que actúa por encima de las banderas partidistas. Y hay una realidad: aunque el profesorado que ejercía en el Liceo Antioqueño en esa década pertenecía a uno y otro partido político, la mayoría de él fue protagonista de esta verdadera revolución académica, que contó con la presencia de jóvenes muy brillantes, como Joaquín Vallejo, para mencionar un caso, quien fue también director del Liceo. Pero se trata, a mi juicio, más de una mentalidad antioqueña, digámoslo así, que de un programa de partido. Aunque no se le puede restar importancia a este último punto, pues basta recordar las motivaciones de la fundación de la Pontificia Universidad Bolivariana y los sucesos internos universitarios que la precedieron. Pero, insisto, esa actitud no se puede juzgar con los patrones nacionales (si es que uno puede hablar de patrones nacionales), dado que las modalidades regionales no están marcadas únicamente por indicadores del folklore, sino también por actitudes y comportamientos que establecen verdaderas diferenciaciones y acaban por definir “naciones”.

LA ESCUELA NORMAL SUPERIOR

P. ¿Y cómo se vincula usted a la Escuela Normal Superior?

R.P.G. Tal vez por influencia del mismo Dr. García. El fue uno de los educadores que impulsó la presencia de bachilleres del Liceo Antioqueño en la Normal Superior, con miras a crear la disponibilidad de profesores especializados en enseñanza secundaria. Debo agregar también que la Escuela Normal Superior era la única institución académica que ofrecía una especialización en Ciencias Sociales, que eran las que atraían mi interés.

LAS CIENCIAS SOCIALES

P. ¿Cuál fue la razón por la que eligió estudiar Ciencias Sociales?

R.P.G. Siempre había tenido un gusto particular por la historia, posiblemente influido por mi padre; también me atraía la Sociología. Y me llamó particularmente la atención una cátedra que se dictaba por aquellos años, bajo el rubro de Antropogeografía. Hubo, además, dos profesores que influyeron con sus cátedras de historia, el Dr. García y don Bernardo Arbeláez, un profesor fuera de serie, de un perfil extraordinario, algunas de

cuyas aristas se pueden apreciar en Hildebrando, la novela escrita recientemente por un médico antioqueño.

P. ¿Qué materias vieron ustedes en la licenciatura?

R.P.G. Además de Pedagogía, Psicología y tal vez Historia del Arte, que eran materias comunes para todas las especializaciones, las propias de nuestra especialidad fueron Sociología, Historia Universal y de Colombia, Geografía, Economía, Estadística, Etnografía, Instituciones Españolas, Historia de la Filosofía.

P. ¿Dónde hacían las consultas bibliográficas?

R.P.G. En la biblioteca de la Escuela, que era la mejor en ese momento; técnicamente era superior a la Biblioteca Nacional, aunque no tuvieran el mismo volumen de libros que ésta. Su organización y su sistema de consulta eran más técnicos, lo que facilitaba el acceso a las obras. A su cargo estaba el profesor Rubén Pérez Ortiz, quien prestó después sus servicios eméritos al Instituto Caro y Cuervo y fue uno de los pioneros de la bibliotecología científica en el país. Los estudiantes tuvimos una participación activa en la conformación de la biblioteca, con el aporte de revistas y publicaciones de carácter regional.

EL INSTITUTO ETNOLOGICO NACIONAL 1940-1960

P. ¿Ustedes estudiaron Ciencias Sociales conjuntamente con Etnología?

R.P.G. Cierto. Simultáneamente con el segundo año de carrera iniciamos el primero de Etnología. El Instituto Etnológico Nacional se había creado en 1941, año en que comenzaron su formación los estudiantes de la primera promoción. En 1942, el Instituto se vinculó a la Escuela, pero sus materias no formaban parte del curriculum de la especialización en Ciencias Sociales, porque funcionaba como un organismo independiente, bajo la dirección del profesor Paul Rivet. Teníamos dos opciones de escogencia: Etnología o Estadística. Yo escogí la primera. Fueron dos años de estudio, con salidas de práctica temporales al terreno, bajo la dirección de los profesores. En 1944 obtuve el título de etnólogo y el de licenciado en Ciencias de la Educación con especialización en Ciencias Sociales.

P. ¿Y el título de etnólogo era una especialización o una licenciatura?

R.P.G. Yo diría que era casi una especialización, porque ya se habían llenado o se llenarían en el curso de Ciencias Sociales, los créditos que pudieran faltar. Realmente es lo que hoy se conocería como un *major* en universidades norteamericanas. Era una especialización dentro de la de Ciencias Sociales. Recibimos el título de etnólogos y no de antropólogos, debido a que la escuela francesa llamaba etnología a lo que ingleses y norteamericanos denominaban antropología.

P. ¿Qué asignaturas veían relacionadas con la formación etnológica y antropológica?

R.P.G. Todas las que constituyen el corpus fundamental de la Antropología: Antropología Física, Arqueología, Paleontología, Lingüística y Fonética, Orígenes del Hombre Americano (una cátedra regentada personalmente por el Dr. Rivet), Etnografía Americana y de Colombia... La cátedra de Etnografía fue para mí una experiencia valiosa, por la

calidad del profesor que la regentó, el alemán Justus Wolfram Schottelius. La rigurosidad y meticulosidad de sus exposiciones eran admirables y corrían parejas con la exactitud. Infortunadamente murió el mismo año que nosotros iniciamos los estudios.

P. ¿A qué edad?

R.P.G. Debería estar llegando en ese momento a los sesenta años; de modo que hubiera podido dar una cosecha mayor. Acá, en el Instituto Colombiano de Antropología, se guardan sus libretas que contienen notas personales, sobre investigaciones que adelantaba al momento de su desaparición, y en la sala central del Museo, reposan sus restos. Era un trabajador incansable y un investigador sistemático de la Encomienda y de otras instituciones coloniales, sobre las cuales trabajaba también el profesor José María Ots Capdequi, quien igualmente dictaba cátedras en la Escuela Normal.

Vale la pena abrir un paréntesis para decirles que fuimos afortunados, porque tuvimos como profesores, además de Schottelius, a don Pablo Vila, geógrafo catalán, tan dedicado y metódico como Schottelius, al profesor Rudolf Hommes, quien enseñaba Historia Económica y Social, a Francisco Cirre, en sus disertaciones sobre instituciones españolas, literatura y lingüística, a Gerhard Masur, en Historia del Arte, en fin, un grupo de profesores extranjeros y nacionales con ideas innovadoras, con un claro concepto de la investigación científica aplicada a las Ciencias Sociales, que para nosotros fue decisivo y representaba un cambio fundamental.

P. ¿Por qué un cambio fundamental?

R.P.G. Porque el país estaba sujeto a la educación tradicional, montada sobre el aprendizaje memorístico. Recuerdo mis primeras lecciones de Geografía en la escuela secundaria y el martirio de tener que aprender de memoria las carreteras con el detalle del número de kilómetros entre localidad y localidad, mientras ignorábamos la relación de factores climáticos, fisiográficos, humanos, etc., en la conformación de los paisajes, por ejemplo, que afortunadamente empecé a conocer en los dos últimos años de bachillerato, con la cátedra de Antropogeografía. Y recuerdo también la enseñanza de Historia, etnocentrista, hispanizante, que para el país comenzaba apenas en 1500 y para la cual las culturas indígenas eran rasgos apenas incidentales.

En la Normal Superior se respiraba un aire distinto. Don Pablo Vial trabajaba en geografía con relaciones causales. Y en esa rama de la ciencia, tuvimos la influencia también de Ernesto Guhl, quien nos introdujo a la concepción de la geopolítica. Y en historia, se superaba la mera relación cronológica de dinastías, virreinos y presidencias, con la introducción de la visión económica y social de los grandes acontecimientos y el análisis de los fenómenos sobresalientes.

No exagero si digo que la Escuela Normal Superior rompía los moldes tradicionales de la enseñanza de las Ciencias Sociales y lo hacía también en las demás especializaciones. Era un cambio de concepción sobre la enseñanza que partía de un criterio científico nuevo.

P. ¿Qué nos puede decir de la orientación etnológica de Paul Rivet, de su escuela teórica?

R.P.G. Yo diría que el profesor Rivet era un claro representante de la escuela difusionista, la cual, conjuntamente con el evolucionismo unilineal, dominaban el

panorama europeo. Y estas tendencias permearon totalmente los primeros estudios etnográficos en el país, desde luego con los problemas que el evolucionismo suscitaba en las mentes conservadoras. En los primeros números de la *Revista del Instituto Etnológico Nacional* y en el *Boletín de Arqueología*, se pueden ver estas orientaciones. Es cierto que en Norteamérica operaba ya la escuela culturalista y hacía su aparición el conductismo, pero su influencia entre nosotros no se hacía sentir dado que el intercambio cultural con los EE.UU. era aún débil, a pesar de lo que se dice de la influencia de este país a partir de la 1 Guerra Mundial. Yo siento que la verdadera influencia americana no comienza a sentirse, en el campo científico, sino estando muy cercana la II Guerra Mundial. En el bachillerato la lengua extranjera obligatoria era el francés y sólo en los últimos años del tercer decenio del siglo, se implantó el inglés. Francia seguía influyendo, como lo demuestra el uso de textos de autores de ese país en medicina.

Otro rasgo de la orientación impresa por el Dr. Rivet, fue la atención casi exclusiva de los etnólogos y de la Etnología a los grupos amerindios. El americanismo, tal como se entendía entonces por la escuela francesa, se constreñía a lo indoamericano. Para ser justo debo agregar que en líneas generales toda la Antropología, sin distinción de escuelas ni tendencias, tomaba como sujeto de su investigación a los grupos que entonces se denominaban *primitivos*, los cuales se identificaban en América con los indígenas prehispánicos.

P. ¿Y cuándo tuvo oportunidad de entrar en contacto con las teorías norteamericanas?

R.P.G. Muy poco después de haber egresado de la Escuela Normal. Lo hice por dos caminos: por la bibliografía que se podía adquirir en las librerías y era escasa, pero me permitió conocer, además de autores norteamericanos como Kroeber, a funcionalistas europeos como Malinowski. De la escuela norteamericana conocí autores como Kardiner, Linton, Benedict, Mead, etc. La otra vía de conocimiento fue por intermedio de profesores norteamericanos que comenzaron a llegar al país, algunos de ellos por convenios con el Instituto Etnológico. La primera misión, resultado de intercambio, fue la de Wisconsin, encabezada por Andrew H. Whiteford, quien realizó un estudio sobre Popayán, el primer intento de antropología urbana en el país.

Virginia Gutiérrez (mi esposa) y yo fuimos su contraparte colombiana en el estudio. La presencia de Whiteford coincidió con la de John H. Rowe, otro antropólogo norteamericano, de la Universidad de California, que colaboraba con el "Instituto Etnológico del Cauca", dirigido por el profesor Gregorio Hernández de Alba, en virtud de otro convenio interinstitucional. Y confluyó también en Popayán, el Dr. Raymond Christ, geógrafo de la Universidad de Florida, que ha contribuido con serios estudios de regiones de Colombia, entre ellos el del Valle del Cauca y uno, también quizás el primero de geografía urbana, intitulado *The Personality of Popayan*. Algunos antropólogos hicimos uso de las becas Guggenheim, que obligaban a una permanencia en los Estados Unidos. De esta manera amplí el panorama de la antropología norteamericana y también de la mundial.

P. ¿Qué autores se destacaron en la corriente norteamericana?

R.P.G. Con excepción, tal vez, del funcionalismo que tenía cierta fuerza en algunos centros académicos por la influencia principalmente de Malinowski, la antropología norteamericana seguía las orientaciones boasianas. Dos de los discípulos más eminentes de Boas, los doctores Alfred L. Kroeber y Robert H. Lowie, eran, con el doctor Leslie White, tal vez las figuras cimera. Virginia y yo tuvimos el privilegio de escuchar y conocer

muy de cerca a los doctores Kroeber y Lowie, pues ambos formaban parte del cuerpo académico de la Universidad de California en Berkeley, cuando nosotros disfrutamos la beca Guggenheim. Pero, en general, dominaba el culturalismo, la que se ha llamado escuela de cultura y personalidad, con figuras como algunas de las ya mencionadas. Los estudios de Margaret Mead en Samoa, habían servido para definir la polémica naturaleza vs. cultura, en favor de esta última, y el psicologismo conductista se aliaba a la Antropología para trabajar sobre el comportamiento cultural y la personalidad modal.

P. ¿Entonces qué contraste puede establecer entre lo que era la escuela francesa y lo que significó la norteamericana?

R.P.G. Para nosotros, el contacto con estas dos últimas escuelas representó una ampliación de perspectivas teóricas. Me refiero a mi caso. Mi visión fue entonces más polifacética. Fue evidente que frente al difusionismo y al evolucionismo, operaban escuelas antropológicas muy dinámicas, como el funcionalismo y personalidad y cultura. Difusionismo y evolucionismo entraban en crisis y comenzaba a surgir el neoevolucionismo. Las opciones de estudios etnográficos y de análisis cultural, se multiplicaban.

De otra parte, la escuela francesa tenía orientación exclusivamente académica, sin que se vislumbrara en ella posibilidad de aplicación, ni de transferencia a sociedades diferentes de las "primitivas". En cambio, la escuela norteamericana comenzaba ya a pensar en la antropología aplicada y el mismo funcionalismo se introducía en la política con una obra como la de Malinowski *The Dynamics of Culture Change*, todo lo discutida y discutible que se quiera, pero expresión de todos modos de una utilización de los conocimientos antropológicos en un área distinta de la academia. Y lo mismo puede decirse, en general, de la antropología aplicada, que tuvo un amplio campo de acción en los planes de ayuda a los países subdesarrollados. También discutible y discutida, pero con experiencias, muchas negativas, de indudable valor para los desarrollos posteriores de la ciencia.

Las aplicaciones pragmáticas eran para nosotros *terra nova*. La etnología francesa y en general la antropología europea aplicada a las sociedades "primitivas" tuvieron siempre para mí la limitante de estudiar las sociedades *in vitro*, aisladas de todo contexto, como entidades puras, libres de todo contacto. Si bien, las descripciones etnográficas eran excelentes, se las privaba de un componente esencial: el mundo exterior a ellas. Hoy, en muchos estudios ocurre lo contrario: el contexto exterior espacial e histórico es una aproximación muy cercana a la realidad, pero el contexto interno, la descripción etnográfica de la cultura, es pobre. Parece que padeciéramos la tragedia de movernos en los extremos viciosos y no alcanzáramos el deseado equilibrio. En síntesis, el contacto intelectual con otras escuelas, estimuló en mí la visión más generalizante y universalista, que ya me habían inculcado mis estudios en Ciencias Sociales.

P. ¿Uno de los aportes del grupo de antropólogos formados en el Instituto Etnológico fueron los estudios hechos sobre las culturas indígenas?

R.P.G. Sí. Fue, para decirlo otra vez, influencia de la escuela francesa y del objeto de estudio principal de la Antropología tradicional. El estudio de las sociedades "primitivas", a pesar del carácter peyorativo que se les pueda atribuir de estudio de lo exótico, tuvo la trascendencia de despertar el interés por el conocimiento del indígena como ente cultural y de la cultura como fenómeno universal. Entre nosotros comenzó a crearse un nuevo valor en relación con los indios, que hasta entonces se miraban con indiferencia y

curiosidad, si no con desprecio. Sin pecar de vanidoso, afirmo que los etnólogos tuvimos una influencia decisiva en ese cambio.

P. ¿Cuál fue el aporte al Instituto Indigenista Colombiano?

R.P.G. A mi juicio, fueron dos movimientos que surgieron simultáneamente y se influyeron de manera recíproca. Uno de ellos, la Etnología, aportaba sobre todo el conocimiento del mundo indígena; el otro, el indigenismo, contribuía con los aportes políticos, con la toma de conciencia de los valores indigenistas en la nacionalidad. No creo que me equivoque si afirmo que el indigenismo colombiano es un hijo legítimo del mexicano, que llevó el liderazgo en América.

LA FORMACION DE UNA ELITE INTELECTUAL

P. Uno encuentra en los discursos de la época que se habla mucho de dar a la educación un carácter nacionalista. Sin embargo, las interpretaciones que han hecho autores contemporáneos sobre la educación en ese período, dicen que la burguesía no elaboró elementos para una cultura nacional, sino que se limitó, nuevamente, a copiar modelos de Alemania, de Bélgica.... ¿Qué opinión le merece esta apreciación?

R.P.G. La respuesta no es fácil. En primer lugar, el concepto de cultura nacional, como lo sugiere su pregunta tiene un contenido elitista. Yo acostumbro poner siempre entre comillas el término, porque cuando se habla de cultura nacional, se está haciendo referencia a la cultura de una porción del pueblo colombiano, a la que tiene una expresión oficial, y de la cual ha formado parte el sistema educativo. Colombia es un mosaico regional de culturas que van adquiriendo más personería y reconocimiento cada vez. En lo que atañe a la educación, reconozco que las nociones de Pedagogía que se nos inculcaban en la Escuela y las que dominaban el panorama educativo del país, eran todas de procedencia extranjera (imagino que siguen siéndolo). El carácter nacionalista de la educación que propugnaba la Escuela Normal Superior, no se centraba en la creación de una teoría pedagógica propia, sino en la adaptación -no en la simple adopción- de teorías foráneas a realidades nacionales. Hay que señalar que la Escuela tuvo un espíritu nacionalista, en el sentido noble del vocablo, no en el de chauvinismo vulgar. De ahí su insistencia en el conocimiento de la geografía, la historia, el hombre y todos los demás recursos nacionales. El país era el término de referencia obligatorio de todas las instancias. Empezó a hacerse uso de los laboratorios para experimentación de esos recursos: los índices de referencia, fueron los pocos nacionales que se iban conociendo, etc. Así se entendía la ciencia nacional, como indisolublemente ligada al conocimiento universal y a las teorías en boga, analizadas críticamente.

P. ¿Formó la Normal una nueva élite intelectual?

R.P.G. La expresión tiene un sabor un poco petulante. Pero la respuesta podría ser afirmativa en el sentido de que la E.N.S. inculcó en sus discípulos el rompimiento con vicios tradicionales pedagógicos y de criterio científico. Y de que por razones de coyuntura internacional, se favoreció un acercamiento con el mundo europeo, por medio de los libros y por el contacto directo con un núcleo de científicos e intelectuales, representativos de la Europa de los treinta. Estos no eran exponentes propiamente del pensamiento conservador europeo; todo lo contrario, ya que eran emigrados de la guerra civil española o expatriados voluntarios de la Alemania Nazi o miembros de la resistencia francesa.

P. ¿Y usted cree que la sociedad valoró ese núcleo de intelectuales que se formó desde nuevas perspectivas?

R.P.G. La respuesta es un sí débil. La lucha de los egresados de la E.N.S. para abrir nuevos caminos fue dura. Se impuso por el esfuerzo estimulado por el espíritu de la Escuela, en un enfrentamiento con una buena parte de la sociedad, incluyendo fracciones del partido liberal. Y era apenas lógico, ya que se cuestionaban tradiciones de vieja data. Se enfrentaba la razón a las imposiciones dogmáticas. En particular, para quienes escogimos la carrera de Ciencias Sociales, la situación, en determinados momentos llegó a ser casi sofocante. Cuando arreciaron los ataques conservadores contra la Escuela y más aún, cuando se procedió a su disolución, no se escuchó una protesta vigorosa del partido liberal. Ciertamente se encontraba en la oposición y en circunstancias difíciles, pero no dio una batalla significativa en su defensa. Aparentemente, temía compartir el mote de marxista que, como enseña de distinción ideológica se le colgó a la Escuela. Los egresados no salimos a una república liberal, sino a un país fanatizado políticamente y dominado por el partido conservador, que desde el poder limitaba al máximo las oportunidades profesionales de los egresados en la enseñanza. Sin embargo, el espíritu de la Escuela persistió y dio y sigue dando sus frutos. No pasó desapercibido ni fue estéril.

P. Hablando con el doctor José Francisco Socarrás sobre lo que significó la destrucción de la Normal para esa generación mencionamos la posibilidad de un trauma que llevó a que la mayoría de sus egresados no hablaran de ella e incluso hemos notado que los antropólogos son los únicos que reivindicar las deudas teóricas que esta disciplina tiene con dicha institución. ¿Qué opina usted?

R.P.G. Le doy una interpretación muy personal. El título de Licenciado, que por primera vez se utilizaba como certificado de un grado académico, no tenía prestigio, era inferior al de doctor, ambición de todo estudiante. Pero en eso la Escuela fue siempre muy clara con sus estudiantes, al reafirmarles que no saldrían de doctores, título que no alcanzarían sino cuatro años después y siempre que presentaran una tesis original. De otra parte, el licenciado no era un profesional independiente ni tenía muchas potencialidades de serlo, sino un profesional sujeto a ser un empleado privado o público, con un salario bajo; ni social, ni económica, ni profesionalmente el licenciado podía ser muy prestigioso; decir que se era egresado de la E.N.S. era proclamar que se era profesor, léase maestro, una profesión que más bien era vocación, poco valorada socialmente. El licenciado ocupaba un lugar muy secundario en la jerarquía de poder y prestigio de las profesiones.

Además, la gente que llegaba a estudiar a la Normal procedía en altísimos porcentajes de las clases medias hacia abajo. Allí los que no disponían de medios económicos para adelantar una carrera, se favorecían con las becas nacionales que daban vida a la Escuela, una Escuela que, por lo tanto carecía de atractivo social y que solamente cobra relevancia por sus resultados a largo plazo. Son los efectos inmediatos o tardíos los que la revalúan: el éxito en diferentes campos de muchos de sus egresados, el Instituto Colombiano de Antropología, una creación suya, y la participación de muchos normalistas en una institución también muy prestigiosa como lo es el Instituto Caro y Cuervo. Es un normalista, el profesor Luis Flórez, ya desaparecido, el alma y cuerpo de una obra tan trascendental como el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Colombia*, ALEC.

P. ¿En el año de 1951, bajo la presidencia de Laureano Gómez, y siendo ministro de Educación Rafael Azula Barrera, se decidió separar los alumnos de la Escuela Normal Superior por sexos y trasladarla a Tunja, allí están los antecedentes de la Universidad

Pedagógica y Tecnológica de Colombia -masculina en el primer momento- y la Universidad Pedagógica Nacional -femenina en sus comienzos-. Esta decisión, que significó una estrategia política para el desmonte de la Normal, ¿logró realmente cegar el espíritu que había alimentado? ¿O, heredaron sus “sucesoras” el ambiente intelectual de la institución madre?

R.P.G. A la primera pregunta mi respuesta es: no. Prueba de ello es que tan pronto como se dio comienzo al Frente Nacional, los egresados fundamos la Sociedad Colombiana de Licenciados, es decir de ex-alumnos de la Escuela Normal Superior, pues no había ninguna otra clase de licenciados. Yo fui su primer presidente.

Y también es negativa mi respuesta a la segunda pregunta. Entre otras razones, porque se tuvo el buen cuidado de no llamar a los licenciados a colaborar en las nuevas universidades, o de limitar fuertemente su influencia. Recuerden ustedes que para dirigir la Universidad Pedagógica se volvió a traer de Alemania a Franziska Radke que había sido destituida de la dirección del Instituto Pedagógico Nacional años antes, por la administración liberal.

La estrategia seguida por el gobierno del Dr. Laureano Gómez fue muy efectiva: ella consistió en romper la coeducación, una conquista reciente del partido liberal, acabar con el nombre de batalla de Escuela Normal Superior y sustituirlo por otro más prestigioso, universidad y dar el nombre de normales superiores a las normales que preparaban maestros de primaria. Con ello se dementaba el ser egresado de la Escuela Normal Superior. Y hay algo que también cuenta: la eliminación de la biblioteca, ese otro foco peligroso de insurgencia intelectual. Reconozcamos que fue un acto diabólicamente inteligente, que definitivamente acabó con la Escuela. Reconstituirla era empresa ilusoria, pues se tropezaba con intereses regionales y con el requerimiento de reinstalar laboratorios, biblioteca, etc. a costos no viables. Se mató todo un sistema educativo, un modo filosófico de encarar la pedagogía en relación con la ciencia y la investigación. Los muertos no suelen resucitar. Ni es bueno hacerlos revivir.

P. ¿Podríamos decir que algunas universidades vinieron a heredar el espíritu de la Normal, a través de ustedes como docentes?

R.P.G. Parcialmente sí. Creo que la que más influjo pudo haber recibido fue la Universidad Nacional, tanto en Ciencias Naturales, como en Matemáticas, Lingüística y Ciencias Sociales. La Facultad de Sociología contaba con un personal predominantemente ex-normalista.

P. ¿Cuando Orlando Fals Borda llama a la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional a una serie de egresados de la Normal, tenía clara él la importancia de esa escuela?

R.P.G. No estoy seguro de ello. El Dr. Fals Borda y algunos de los egresados de la E.N.S. manteníamos relaciones profesionales y de amistad, que influyeron en su decisión de invitarnos a colaborar en la Facultad. Nuestras conexiones se habían establecido, en parte, por gestión de los tres, Raymond Christ y T. Lynn Smith, de la Universidad de Florida, donde se educó Fals Borda. Compartíamos con él muchos criterios en Ciencias Sociales y nos animaba un mismo espíritu de impulso a esas ciencias.

P. ¿Qué enseñanzas podríamos sacar de la Escuela Normal para la educación en nuestra sociedad moderna?

R.P.G. Para mí la Normal comprobó que un proyecto educativo puede tener éxito en el país, siempre que cuente con un fuerte respaldo del Estado, financiera y políticamente: que la institución que lo realice, tenga suficiente claridad sobre sus objetivos y metas. Y demostró asimismo, que es posible hacer ciencia nacional: y que se puede crear una mística alrededor de una institución cuya ética no esté sujeta a los vaivenes partidistas.

LA ANTROPOLOGIA HOY: 1960-1980

Después de habernos llevado por un panorama de lo que fueron los inicios de la profesionalización de la Antropología en el país y la gran influencia que en ella jugó la Escuela Normal Superior, así como las diversas escuelas teóricas que entraron en juego en la formación de las primeras generaciones de científicos sociales en el país, le pedimos a Roberto Pineda expresarnos su opinión sobre el estado actual de la Antropología y sus posibles proyecciones y aportes al estudio de problemas que afectan a la sociedad colombiana.

P. ¿Cuál es la situación actual de la Antropología?

R.P.G. Mis observaciones desde esta atalaya que es el Instituto Colombiano de Antropología, de los departamentos de Antropología y de los antropólogos en particular, me conducen a formular algunas impresiones que guardan relación con la enseñanza, la teoría y las investigaciones. Es difícil separar una de las otras. Por eso me referiré a ellas en conjunto.

A partir de los primeros años de decenio del sesenta, la inquietud estudiantil se dirigió a la renovación de la enseñanza, a buscar aires frescos en la ciencia, a otear el mundo con otras lentes más acordes con la realidad del medio siglo. Se manifestó esa inquietud en Europa, en los Estados Unidos y en los países en proceso de desarrollo. Colombia no quedó al margen. Y uno podría decir que en esa inquietud había una tendencia dominante hacia las concepciones marxistas. El reclamo en Colombia no logró sus objetivos.

Los estudiantes no dispusieron, como era su interés, de una cátedra de marxismo científico. Quizás por falta de profesores idóneos para ello; quizás por una resistencia no abierta, por parte de las directivas. Lo cierto es que -y esta es una apreciación muy personal- la información teórica marxista recibida por los alumnos fue de segunda mano, y en el peor de los casos limitada a meros *slogans*, a fragmentos desvinculados del contexto global de la teoría. Y estas divagaciones reemplazaron parcialmente las cátedras de teoría antropológica, que, de acuerdo con las ideas del momento, carecían de valor o, para decir con el término de moda en esos días, eran reaccionarias.

Lo cierto es que, para el caso de la Antropología los estudiantes salieron de sus escuelas pobres en teoría y esa circunstancia se refleja en el desarrollo de la disciplina, en los trabajos que se han realizado a partir de entonces.

La Antropología en Colombia se ha venido alimentando casi exclusivamente de estudios descriptivos de las comunidades indígenas supervivientes y de algunas interpretaciones de aspectos parciales de esas culturas. Sin embargo, no hay todavía una etnografía indígena, y casi ninguna comunidad ha sido estudiada *in extenso*. Tengo la impresión de que la antropología basada en estas comunidades está llegando a su crisis en todo el mundo, lo que ha implicado en cierto modo una crisis general en la antropología, que se manifiesta, a mi juicio, tanto en la teoría como en la metodología.

P. ¿Virginia Gutiérrez nos había dicho que usted tiene una visión más amplia de la Antropología, no referida exclusivamente al estudio del indígena. Nos quiere hablar un poco de eso?

R.P.G. Yo parto de la concepción misma de la cultura, como objeto último de estudio de la Antropología; de cultura sin adjetivos, es decir de un fenómeno que se encuentra presente en cualquier comunidad o sociedad humana y que ofrece las variedades particulares en cada caso, como es de conocimiento general, pero que es única en cuanto es una manifestación exclusivamente humana.

Si bien, la Antropología se originó en el conocimiento de las comunidades ágrafas y se ha alimentado de ellas como objeto de sus investigaciones hasta ahora en forma predominante, ello no quiere decir que tenga que limitarse a esa área restringida de la humanidad. Hacerlo así es disminuirla innecesariamente.

Cierto es que ha habido intentos, algunos de ellos excelentes, de estudiar las comunidades “modernas”, pero la proporción de ellos en el conjunto, es muy baja. En la escuela norteamericana es notorio el cambio en ese sentido, con la introducción de la psicología en los estudios de cultura y personalidad. No es la única que lo ha hecho, pero me sirve de referencia en este momento.

P. ¿Cultura y personalidad?

R.P.G. Sí. La interacción, podríamos decir, que hay entre el individuo (psicología) y su cultura (antropología). Pero retomemos el hilo del discurso. Mi punto de partida es que el antropólogo debe estudiar la cultura, esté donde esté, sea la época que fuere y bajo cualesquiera circunstancias. Esto comencé a verlo en forma clara a través de la antropología aplicada, y del manejo de las sociedades urbanas contemporáneas para efectos de planificación de vivienda, cuando tuve a cargo esta oficina en el Instituto de Crédito Territorial.

P. ¿En qué años?

R.P.G. Entre 1956 y 1965. Y luego, en el Centro Interamericano de Vivienda y Planeamiento -CINVA- de la Organización de los Estados Americanos. Se trataba de análisis de la sociedad o de sectores de las comunidades urbanas para determinar requerimientos y soluciones de vivienda. Los análisis tenían un contenido social, político y cultural. Cuando se tomaban sectores de comunidades, éstos no se aislaban de su contexto mayor sino que se separaban para efectos metodológicos. La vivienda no afecta sólo a un sector de la sociedad y la solución de los necesitados está en concordancia de la disponibilidad del resto de la sociedad. Un tropiezo inicial se presentó con la metodología, pues aplicar lo tradicional de la Antropología a estudios de planificación, resulta contraproducente. Se requieren métodos que reduzcan el tiempo de investigación y de recolección de la información cultural. La encuesta en profundidad y la participación son exigentes en tiempo.

P. ¿La observación participante?

R.P.G. Sí. Su aplicación en estudios de sociedades “modernas” es parte apenas de la metodología y su aplicación no puede ser general. La metodología tiene que reelaborarse y echar mano de instrumentos metodológicos varios. Desde luego, el método tradicional de la Antropología se puede utilizar en estudios de comunidades urbanas, por ejemplo,

pero estos resultan ser estudios de Antropología tradicional en áreas urbanas, pero no estudios de Antropología urbana, propiamente dichos.

He venido trabajando en la elaboración de un proyecto de estudio de la cultura nacional colombiana. Parto del principio de que en Colombia hay una variedad de culturas o subculturas regionales, que ofrecen modalidades diferenciales entre sí (además de las culturas indígenas autóctonas que aún subsisten); y que hay, asimismo, diferenciales de cultura en el sentido vertical, es decir, de acuerdo con las jerarquías de la escala social. Y también del principio de que esa cultura nacional -cuyos componentes generales aun no conozco en su totalidad- sería mestiza, por el origen triétnico y vuelvo a un condicionante: si es que hay culturas mestizas. He querido comprometer al ICAN en este estudio, en el convencimiento de que es una manera de sacar a la antropología de su pobreza actual. Yo siempre recuerdo a este respecto, una conferencia del Dr. Leslie White, publicada en 1974 en el *American Anthropologist*, en la cual planteó con toda lucidez la disyuntiva para la antropología: o estaba capacitada para estudiar los grandes países, los actuales estados-nación, o permanecía reducida a los estudios de rasgos y temas de las comunidades ágrafas. Para él no había duda de que la antropología podía y debía hacer lo primero.

Estudiar la sociedad colombiana actual es salirse de los esquemas funcionalistas, basados en la armonía y adentrarse en el mundo contradictorio y dinámico de nuestra cultura: es formular las hipótesis de trabajo a partir de una situación histórica de discriminación y segregación, y de una tendencia moderna a la igualdad.

P. ¿Cuál sería la diferencia entre la Antropología tal como se plantea actualmente, y la sociología?

R.P.G. Aunque para mí, sociedad y cultura son dos realidades inseparables en la práctica, se pueden separar como objetos de estudio. Así se ha venido haciendo y quizás deba continuarse de ese modo. Si nos atenemos a ciertas teorías antropológicas, la separación será cada vez más estricta: el simbolismo, para mencionar una de ellas, establece una verdadera segregación de estudios entre la sociedad y la cultura (el símbolo).

De otro lado, los sociólogos están recurriendo cada día más a métodos antropológicos en sus estudios; y los antropólogos también nos estamos apropiando de la sociología. Tal vez se llegue a lo que tanto se ha buscado: los estudios interdisciplinarios. En los estudios regionales de Colombia los estamos practicando. Yo creo que es difícil comprender la cultura sin entender la sociedad.

No es lo mismo una sociedad de pequeña propiedad agrícola, que una sociedad de latifundistas. Cada una de ellas ofrece modalidades. O para situarlo de otro modo: es difícil hallar en los archivos de un pueblo del oriente antioqueño, documentos relativos a separaciones matrimoniales, antes de 1950. Pero a partir de entonces hay mayores posibilidades de encontrarlos. Y si es así, es porque ha habido cambios importantes en la sociedad, que se reflejan con cambios en la cultura. Para el antropólogo ciertos hechos estadísticos, son indicadores, cuando menos, de fenómenos culturales que debe investigar valiéndose de sus propios métodos. En mi caso, si mi hipótesis de las variedades culturales por estratos sociales es válida, los estudios regionales deberán estar precedidos del conocimiento de la estructura social de la comunidad o región respectiva. Quiero significar que la metodología cambia y nos aproxima más tanto a la sociología, como a otras ciencias sociales y humanas.